

MODAS.



IR CIRCUNSTANCIAS que no ha estado en mi arbitrio prevenir han motivado, lectoras mias, un silencio que vds. habrán quizá hallado culpable, y que de veras ha sido totalmente involuntario. ¿Y pudieran vds. persuadirse de que intencionalmente dejaba de escribir para mis favorecedoras, cuando eso me ha causado siempre momentos tan agradables, que es muy natural gustarme de proporcionarme los á menudo? Erradas anduvieron vds. si creyeron tal cosa, y antes bien, positivo sentimiento he tenido de no poder escribir mis insultos que son recibidas con una indulgencia que tanto me honra.

Por fin héme ya con la pluma en la mano dispuesto á dar á vds. cuenta de lo que presente algun atractivo en linea de vestidos y adornos, que tambien contribuyen á volver mas galanas y deslumbradoras á las jóvenes mexicanas. El adorno mas ó menos rico, mas ó menos sencillo, es convenientísimo á las jóvenes cualquiera que sea su condicion: es á una elegante como á los manjares el sazón. Una cinta, una rosa bastarán para realzar la hermosura de la una; la otra necesitará de un adorno mas complicado, pero á todas conviene cuidar de su atavío, que nunca debe ser demasiado por cierto.

La sencillez es hoy la señora de la moda, y sin ella casi nada es de gusto. Sirvan de ejemplo las dos figuras de la estampa. Un traje de casa y uno de calle. El primero, ¿no les revela á vds. algo de Constantinopla? ¿no ven en él un destello de la indolencia turca, y no es cierto que despide á legua un olor á diván y á magnificencia sultánica? De este traje puede decirse lo que del sublime, que su misma grandeza consiste en la simplicidad de sus formas.

Figúrense vds., lectoras mias, un vestido de sonora seda, completamente abierto por delante, de luenga falda y de profusos pliegues, apenas sujeto en la cintura con sutiles cordones

manga anchísima, cuello pequeño y un ligero abuchado en la orilla, que deja entrever con al descuido una camisola de rico olán que campe en blancura con el cuello de garza de dueño; figúrense vds. pues el traje que les pintado y de buena fé díganme si no se crea con él, á pesar de su sencillez, mas fascinadoras que con un rico vestido sembrado de perlas y si no prefieren el hermoso tocado de listón encaje que le acompaña, á una diadema española, y las modestas pero voluptuosas puntas de terciopelo ó tafíete que tiene el figurado á otro calzado mas rico tal vez, pero menos elegante y menos cómodo. De mí sé decir que una muger hermosa de cualquiera manera causaria una sensacion profunda, en el traje indicado me haria soñar en el edén de Mahoma, y aunque me precio de buen cristiano, no dejarán por eso las divinas huris de revolotear por mi mente con sus alas empapadas en deleitoso amor.

La pequeña corbata que debe sujetar el collarito de encaje de la camisola es de una gran esquisita y su omision seria imperdonable. Me til me parece advertir que el forro y vuelta de la seda de las mangas (que como vds. ven son campana), la cordeliere que ciñe la cintura, los listones del tocado, deben ser de seda de tanto color que la bata.

La moda, en el traje de que acabo de hablar puede considerarse una de sus mas brillantes concepciones, y el servicio que con él ha prestado al bello sexo, es incalculable, porque es incalculable tambien lo que sube de punto el interés por una persona que se encuentra en estado de languidez y de cuidadoso abandono que revela el espesado traje, y de que sabe vds. aprovecharse tan ventajosamente. El efecto una persona meditabunda y melancólica tiene generalmente doble atractivo que una varacha y alegre.

El traje de calle puede tambien ponerse en modelo de sencillez, y sin embargo apenas

Liceo Mexicano



Modas.

visto otro mas garboso. Corpiño estrecho y cerrado hasta el cuello, mangas de chaqueta algun tanto plegadas, y guarnicion de hojas formadas de la misma tela, en el pecho, en el frente de la falda, en la orilla y en las mangas, es todo lo que constituye el vestido. Es indiferente la tela de que haya de formarse; pero es preferible para la estacion el gros, y el que mas gusta es el tornasol. Un cuellito de encaje y unos puños de lo mismo sobrepuestos, son el único adorno, y por lo que toca al *schal*, el que representa la estampa de terciopelo negro con fleco, y forrado de gros blanco es de una belleza y una elegancia suprema.

La única pieza del vestido de que no he hablado es el sombrero, invencion cómoda y hermosa, cuyas ventajas indisputables, son demasiado conocidas del mundo elegante, cuando la moda, que como un torbellino arrebatada cuanto encuentra á su paso trayendo consigo objetos nuevos, ha respetado este uso, cuya dominacion es ya remota, contentándose solo con hacerle ligeras modificaciones. Un objeto que al mismo tiempo de ser una garantía contra la intemperie, es un adorno elegante, susceptible de enriquecerse á medida del deseo, acomodable á todas las clases y condiciones y de una variedad de formas y materias infinitas y que deja ancho campo á la eleccion, desde el modesto sombrero de seda hasta el de *paja de arroz* y terciopelo, es de una conveniencia que nadie pondrá en disputa, manifestada por el alto aprecio que hacen de él las elegantes.

Es por cierto sensible que este uso no esté aun bastante generalizado en México, sino antes por el contrario limitado á un círculo no de grande estension. Persuádanse las mexicanas de lo que su belleza gana con este atavío y veremos el imperio de los sombreros tan poderoso aqui proporcionalmente como en el mismo Paris.

Ultimamente *Mme. Gourgues*. (1) nuestra apreciable colaboradora, ha tenido la bondad de enseñarme los adornos de cabeza que le acaban de llegar de Francia que verdaderamente me han sorprendido, por su riqueza unos, por su elegante sencillez otros, y todos por el buen gusto que hasta en la mas insignificante sencillez se les advierte. Se cuenta entre ellos una multitud innumerable de sombreros de seda, de crespon, de paja, de terciopelo con mayor ó menor profusion en los adornos, con flores unos, con plumas otros, con pájaros

(1) Correo de modas.—2.ª calle de Plateros número 2.

aqueellos, en una palabra, es un océano de colores á cuyo término no alcanza la vista. Se hacen notables en medio de este caos algunos sombreros de terciopelo verde coronados por pájaros del mismo color con una cola luciente y tornasolada, y otros de *paja de arroz* simplemente adornados con una guirnalda de *lilas* y *marabonts* y de la que pende graciosamente una estremidad por un lado del sombrero.— De estas guirnaldas y ramos para la cabeza y el pecho hay en la misma tienda una variedad asombrosa.

Queda por hoy concluida una tarea siempre dulce para mí, porque proporcionar cuando no alguna utilidad, á lo menos alguna distraccion y entretenimiento á las amables suscriptoras del *Liceo*, es un deber muy grato y el único deseo de
QUERUBIN.

HIMNO DE ORFEO

À JUPITER TONANTE.

¡O Júpiter, que recorres los lugares inflamados del mundo tumultuoso, tú, cuyas llamas chispean, y espantan el espíritu, tú cuyo rayo sagrado conmueve la mirada de los inmortales, tú que haces rodar cual cielo el estruendoso torrente de tu fuego, tú que diriges los nublados, los dardos enrojados, y los truenos, tú que amagas con tus tiros á todo ser viviente, que vomitas llamas, y estruendo, y que siembras ruinas al pasar! Rayo terrible acompañado de espantosa cabellera, ardiente mensajero de una mano victoriosa, arma indomable y horrible, que todo lo devoras, y que todo lo sumerges en el espanto y el tumulto, arma de Júpiter, dardo rápido que atraviesas los cielos precedido de la llama vengadora, la fecunda madre tierra, el mar salado, los siglos te temen, cuando se oye tu espantoso ruido: se ve una luz, y un relampago rojo, y entonces lanzas en el cielo, Dios poderoso, lanzas el rayo centellante. ¡O Dios, derrama tu cólera sobre los mares salados, y sobre las encumbradas montañas: todos conocemos tu fuerza! Favorece nuestros sacrificios, concede á nuestro espíritu dones favorables, los bienes de la vida, vigor y sanidad, la paz de los dioses respetables, y concédenos asimismo un alimento siempre conforme á nuestros deseos.

EPIGRAMA.

¡Este drama si está bueno!
Hay en él monjas, soldados,
Locos, ánimas, veneno,
Y unos cuantos degollados.

MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS

POR G. G. COLTON.

(TRADUCCION DEDICADA A MI AMIGO DON LAURO MOLINOS.)

INTRODUCCION.

La lecture des pensées est comme un voyage dans les montagnes où tout change d'aspect à chaque pas.



O hay, si bien se mira, tarea mas ingrata y fastidiosa, ni que sea tan mezquinamente premiada, como la de aquel que se pone á traducir; pues está averiguado que si el trabajo es propio, el merecimiento y la alabanza son agenos, como ya otros lo han hecho notar. Yo tengo para mí que á los pobres traductores acontece lo que á los médicos, cuando por ventura sanan á algun paciente de su enfermedad, pues entonces suele el comun de las gentes atribuir la cura exclusivamente á la bondad divina, sin hacer cuenta de la atingencia ó pericia del doctor. Verdad es que ni esta consideracion, ni cuanto ademas pudiera decirse, bastan para disculpar las intolerables traducciones que hoy en día se dan á luz, entre las cuales hay algunas de tal naturaleza, que no parece sino que sus autores escribieron agujoneados por el hambre, y así, no es maravilla que en lugar de la version que deseabamos leer, solo encontremos á veces una repugnante *perversion* de ideas y de lenguaje.

Y lo que digo en mengua de otros, no es mi ánimo que refluya en alabanza mia, pues confieso con igual ingenuidad que tuvo razon sobrada el divino Cervantes, cuando aseguró que es obra poco meritoria el traducir, salvo sí, aquellas producciones que han brotado de una imaginacion brillante y atrevida, y en las cuales la valentia de las metáforas, la sublimidad de los conceptos, ó bien las sales peculiares de cada lengua, que son como plantas que solo florecen en el patrio suelo, forman otros tantos escollos que necesariamente ponen á prueba

la habilidad del traductor, siendo la razon esto, que con ciertos escritos sucede lo que con las aguas espirituosas, que vaciadas de una otra vasija, inevitablemente se debilitan y coran.

A primera vista conocerá el ménos avisado que las máximas y pensamientos que se siguen no pertenecen en manera alguna á ese género difícil y espinoso que arriba mencioné, y quejos de ser raptos poéticos, no son sino maduros conceptos de un hombre ingenioso, es cierto ademas sesudo pensador.

Nada mas pienso decir tocante al mérito dichos pensamientos, pues se viene á los que si no lo tuviesen, y muy grande en mérito, no me habria tomado el trabajo de ponerlos en español; pero si es tiempo de que se á decir á aquellos que desearan saber qué no he traducido una por una todas las flexiones de Colton, que he omitido algunas, porque á mi modo de ver, ni la idea en sí, ni la forma en que se halla concebida, tienen grandenovedad, lo cual no es extraño en una serie de cerca de mil artículos, sobre asuntos tan diversos como son los contenidos en la obra de que he tomado los que abordo. (1) Otros he pasado por alto, ya porque se refieren sobre cuestiones puramente locales de Inglaterra, ya porque en ellos se tocan materias religiosas, en que ni yo ni mis lectores podiamos estar de acuerdo con el autor, que era miembro de una comunión diversa de la nuestra. El discurso de la obra encontré ademas, ademas pensamientos verdaderamente intrinsecos.

(1) Su título es: *Lacon: or many things in few words.*

bles, porque su principal mérito estriba acaso en uno de aquellos ingeniosos juegos de vocablos á que son tan dados los ingleses, quizá porque las articulaciones de su lengua son, por decirlo así, apagadas é indecisas, y por tanto susceptibles muchas veces de doble interpretacion. Finalmente, he dejado de traducir otros artículos, porque sobre ser algo estensos, son demasiado científicos y abstractos para la generalidad de los lectores, y sobre todo, si vale decir lo cierto, por aprovecharme del único

privilegio envidiable de que goza todo traductor, no sé si legitimamente, que es el de dar fin á su obra tan luego como á las mientes se le viene.

Así pues, caro lector, lo único que hay mio en este artículo, ya que todo lo de honra y provecho es ageno, se reduce á la buena ó mala eleccion que yo haya hecho. Si á dicha es acertada, y logro que sea de alguna utilidad, se dará por pagado de su breve trabajo,

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

REFLEXIONES ETC. ETC.



The noblest study of mankind is man.

El mas noble estudio del hombre es el hombre mismo

Los clases hay de gentes á quienes aprovecha poco la lectura; hablo de los muy sabios y de los estremadamente necios; ni pretendo aleccionar á aquellos, ni es de esperar que aprendan estotros; me dirijo, pues, á los que no teniendo por única ocupacion leer, y deseando aprovechar sus ratos de ocio, dan, como es natural, la preferencia al autor que les roba ménos tiempo.

Leen algunos para pensar, y son bien raros, otros leen para escribir, estos abundan, y otros en fin, leen para charlar, que son los mas. A los de la última clase les basta generalmente para su objeto la primera página de una obra, y por esto se ha dicho que hacen ellos con los libros lo que otros con los grandes señores, es decir, informarse de sus títulos para poder luego jactarse de tener con ellos mucha intimidad.

Si son los reyes tiranos y opresores, consiste las mas veces en que los súbditos son corrompidos y menguados; que la crueldad del que gobierna siempre es proporcionada á la abyeccion y cobardia del gobernado, y si aquel se rige por cohechos y amenazas, mas bien que por la recta justicia y la piedad, estriba en que con gente de ánimo apocado y vil, puede mas el miedo que el amor, y en que el señuelo de la ganancia es iman mas poderoso para el corazón del mercenario, que la noble gratitud.

Tom. II.

Cuando la envidia se mira circuida por el esplendor de la prosperidad agena, es semejante á un escorpion dentro de un círculo de fuego, que á mas no poder, vuelve contra si mismo el aguijon emponzoñado, y se lo clava una vez y otra hasta darse la muerte.

La única cosa que estamos seguros de necesitar es justamente la que jamas adquirimos de antemano: el ataud.

Calumniadores he conocido capaces de sacar á luz verdades en gran manera oprobiosas para ellos mismos, con la torcida mira de ser creidos cuando desatan sus lenguas maldicientes é impostoras para aniquilar la honra agena. Por esto Rousseau, que tenia mucho método y todavia mas malicia en su locura, ha hecho ver que estimaba ménos su reputacion que su venganza, así es que en sus *confesiones* se cubre á si mismo de infamia para hacer mas pegajoso el cieno que acumula sobre otros, afectando suma veracidad y candor por cometer una crueldad mas grande.

Si aquellos que en los desafíos sirven de padrinos, tuviesen tanto miedo, (horror quise decir,) de ver derramar la sangre humana, como los mismos combatientes, muy poca habria corrido en lances de ese género.

Es la guerra una especie de juego en que si es rara la vez que gana el príncipe, el pueblo sale

constantemente perdidoso; que el ser defendido es casi un mal tan grande como el de ser atacado, pues no pocas veces acontece que el escudo del que pretende protegernos, es mas opresivo y trae mas daño que la espada misma del invasor.

La imitacion es la mas sincera de todas las lisonjas.

El hombre recto no debe dejarse llevar de temor de la calumnia, porque en su ánimo no debe poner mas miedo la lengua de otro hombre que la mirada de su Dios.

¿Sabeis porqué niegan la existencia del alma algunos anatomistas?—Porque no han acertado á pincharla con el bisturi.

Aquel que no consiente en que su dinero sea útil á sus semejantes mientras vive, tenga por cierto que se priva voluntariamente del mas dulce placer que es dable gozar en esta vida y de la mayor felicidad en la otra. Creen algunos que todo lo dejan arreglado con chasquear á sus hambrientos deudos, legando en favor de tal ó cual casa de beneficencia los bienes mal habidos, y esto me trae á la memoria una anécdota que paso á referir. Cercado de los ministros infernales, estaba Satanás 1.º en su trono cierto día, á la sazón que llegó de su embajada á este planeta un diablillo de malísima traza. „¡Bribonzuelo!“ le dijo Satanás al verle, muy larga la has echado, di, ¿qué nuevas nos traes de aquellas buenas gentes?— „No he podido hasta ahora despegarme de la cabecera de un avariento moribundo, contestó el diablillo; le he sugerido la idea de dejar toda su hacienda, que es cuantiosa, á algunas casas de beneficencia.—„Pues á fé mia, repuso el chamuscado monarca del infierno, que sabes mirar muy bien por mis intereses; me temo que habremos de perder esa alma.—„Nada de eso, replicó el diablezuelo, porque no ha hecho restituciones, y ademas, tenia muchos parientes que están ladrando de hambre, mas dado caso que perdiésemos al avaro, cosa que no puedo tragar, siempre saldriamos gananciosos, porque tambien le meti en la cabeza que dejase una docena de albaceas, y bien ve V. M. que ya tenemos en la bolsa á todos ellos de mancomun é in solidum.

Nunca prospera tanto la mentira como cuando pone en su anzuelo el cebo de la verdad, ni hay opiniones que acarreen mas funestos resultados que aquellas que no son de todo punto erroneas y absurdas; por la misma razon que no

hay relojes que mas eficazmente induzcan error que aquellos que á las veces andan bien.

Siempre que algun autor escribe mejor que sus contemporáneos, se le pone la tacha de plagario; si por ventura escribe tan bien como ellos, le llaman atrevido y presuntuoso; pero si acaso es inferior, generalmente dicen „da esperanzas.“

El que guste de sopa caliente, ideas nuevas y vino añejo, que no coma en casa de los grandes.

Dificil cosa es que la verdad llegue á adaptarse á la torcida política y las estudiadas artificiosidades de los asuntos mundanos, porque la verdad y la luz describen siempre en sus líneas rectas.

Con el dinero se verifica lo que con el calor; que si es estrecho oprime é incomoda, pero si es grande en demasia, ocasiona mil tropiezos, y aun á veces una caída.

Ningun género de odio llevamos con tanta paciencia ni tan cristiana resignacion, como de aquellos que nos tienen envidia.

Mucho tememos en verdad penetrar en la cura morada de la muerte; mejor fuera que temiésemos transitar por los senderos que los doctos y espinosos que á ella nos conducen; pero que aquellos que nosotros llamamos áspersion cortos, y puntualmente los que nos parecen cómodos y llanos, son en realidad molestos y fragosos. Acusamos á la muerte de que nos arranca demasiado presto del festin y regocijos de la vida; sea enhorabuena si en el camino nada hemos ganado; pero aun dado caso que fuere ¿es culpa de la muerte ó culpa nuestra? Acusamosla otras veces de que nos hace aguardar largo tiempo, porque en efecto ¿quién apetererá estar sentado á la mesa de un banquete, cuando ya no puede participar en la alegría de los demas ni gustar de las viandas? Y querrá alguno vivir para solo el placer, si hace tiempo que murió para todo lo que es de placer? Bien pueden los tiranos conducir sus victimas á muerte; pero ¿cuanto mas temible no seria su poder si estuviera en su mano sentenciarlas á un perpetuo vivir? La vida terrenal es la jornada que hacemos para llegar á la muerte; esta es, por decirlo así, el pasaporte para la vida real y verdadera. No demos, pues, alerta como centinelas, ya que el día y la hora son inciertos; pero estemos bien tranquilos, si nos hallamos por ventura

aparejados. Lo único que tiene la muerte de espantoso y terrífico son sus consecuencias, y en nosotros está predisponerlas y encaminarlas cual conviene. La vida mas breve es larga en demasia si nos ha de conducir á otra mejor, si asi no fuera, nos parecería bien corta aun la mas larga.

Muy facil es al rico ocultar sus riquezas; la miseria es cosa que no se puede encubrir, pues ménos trabajo cuesta ocultar mil onzas de oro, que un simple agujero en la casaca.

Parece que el fastidio y la gota son dos enfermedades privilegiadas, puesto que principalmente ejercen su influencia, el uno sobre el alma y la otra en el cuerpo de los ricos.

Es la memoria excelente amiga del ingenio, pero compañera muy perfida de la imaginacion. Muchos libros hay que á dos cosas solamente deben la aceptacion que han merecido, á saber: la buena memoria de quienes los escribieron y la poca ó ninguna de aquellos que los leen.

El que compra aquello que no ha menester, en breve necesitará lo que no puede comprar.

Ni las ratas ni los conquistadores deben tener esperanza de hallar cuartel si son hechos prisioneros.

El bueno llegará infaliblemente á ser mejor, así como el malo cada dia lo será mas, porque el vicio, la virtud y el tiempo son tres cosas que no pueden permanecer estacionarias.

Generalmente calculan las mugeres las consecuencias del amor, no así las del resentimiento.

El soberano que cuenta mayor número de vasallos y domina sobre el territorio mas extenso, es una hembra caprichosa y despótica que llaman Duda. Es á un tiempo la mas rica y la mas pobre de los potentados, pues habiendo logrado atesorar caudales inmensos, ha extraviado la llave de sus arcas; reina en el corazón de todos sus pueblos sin proporcionar á ninguno la tranquilidad ni el contento, y es sin embargo el único déspota que no puede morir en tanto que respire uno solo de sus súbditos.

Los libreros son como los chalanes, que si al diablo compran al diablo han de vender; la desgracia es que el librero rara vez juzga del mérito de una obra, con tanto acierto como el

chalan del de un caballo, y que el chalan sabe montar mejor, que leer el librero.

Ni la verdad en toda su pureza, ni el oro sin ninguna liga, son propios para la circulacion, porque han descubierto los hombres que es mas cómodo adular la verdad que depurarse á si mismos. Grande miseria es por cierto, que el doblez, las tentaciones y las enfermedades de que estamos cercados, hayan convertido la verdad en mercancía de contrabando, en que es sumamente arriesgado traficar. Por esto solia decir Sir Gualterio-Raleigh, que no debia seguirse tan de cerca á la verdad, que corriera uno peligro de que le echase fuera los colmillos de una coz.

La muchedumbre tiene la fuerza de Sanson, pero desgraciadamente su misma ceguera.

Hay en el mundo cuatro clases de hombres: á la primera corresponden aquellos á quienes todos los demas quisieran hablar, y de los cuales todos hablan; tales son los grandes. Comprende la segunda á aquellos con quienes nadie desea hablar, y de quienes en efecto nadie habla; he aqui la inmensa mayoría compuesta de los insignificantes. Pertenecen á la tercera clase todos aquellos con los cuales nadie apetece hablar, pero de quienes hablan muchos; aquí entran los pícaros; y finalmente, se compone la cuarta clase de aquellos á quienes todos hablan sin que ninguno hable de ellos; estos son los necios.

Tan difícil es prescribir reglas al genio, como poner coto á las olas del mar, ó dar leyes á los torbellinos.

Tenia Byron tal confianza en sus propias fuerzas, que no pocas veces infringe la regla de Horacio que comienza: „Si vis me flere etc.“ y no solamente nos hace llorar sin llorar él, sino que se mofa del mismo llanto que en nosotros provocó.

Hay un género de crítica que abunda y ha de abundar siempre, porque requiere únicamente laboriosidad y dedicacion; tal es aquella que trata de fechas, acontecimientos y sutilezas de gramática, y que versa sobre las palabras mas bien que las ideas, sobre las letras mas bien que los conceptos. Critica es esta por el estilo de la de aquel necio que cuando todo el mundo contemplaba absorto la Ceres de Rafael, no tuvo embarazo en reparar que el nudo del manojito de trigo que tenia la diosa, no era igual al que suelen hacer los segadores.

El que emprende la jornada de la vida provisto de un conocimiento profundo de los libros, pero superficial de los hombres, es decir con la cabeza llena de ideas ajenas, y pocas ó ningunas propias, se encontrará á menudo tan desazonado y perplejo, como un holandés sin su pipa, un frances sin su querida, un italiano sin su violin, ó un ingles sin su paraguas.

A medida que un pueblo se desmoraliza y se corrompe, se mira el pobre mas despreciado y desvalido, y adquieren las riquezas mayor estimacion. No sucederia tal si todos indagaran porqué causa han empobrecido unos, y cual es el origen de las riquezas de otros, pues de semejantes investigaciones resultaria frecuentemente que la inmerecida infamia del pobre se

tornase en noble orgullo, y la opulencia de rico en oprobio y en afrenta.

Para que no hubiese desafios se necesitaba de una sociedad en la cual todos aquellos que no fueran buenos cristianos, fuesen al menos cumplidos caballeros, y si no, filósofos.

El indicio mas cierto y humillante de una irremediable esclavitud, es precisamente esa letargia de accion, ese letargo que al fin llega á apoderarse de sus estúpidas y miserables victimas. Percibe esto el filósofo con tanta claridad, como el médico que echa luego de ver es dolencia mortal aquella en que el paciente ni se mueve, ni es sensible al dolor.

(Se continuará.)

LAS VICTIMAS DEL AMOR Y DE LA IRA.

HISTORIA VERDADERA.



MUCHOS de los placeres que recibimos llueven tan abundantemente sobre nosotros, ocurren de tal manera cada día, que los apreciamos en mucho menos de su valor real. Esto sucede con la felicidad doméstica. Estamos tan acostumbrados á ver el afecto de una muger, en el hogar de un amigo ó en el nuestro propio, que lo vemos, tal vez ligeramente, y á nuestra costa descubrimos algunas veces que nuestro descuido ácia la planta que hemos tomado del suelo palerno, empaña su belleza, arranca su tallo y extingue su vida.

Desarrollándose generalmente los afectos de la muger en la uniformidad de la vida doméstica, se manifiestan en el lecho del enfermo ó en la cuna del niño y no excitan ninguna sospecha de que en alguna circunstancia puedan ser capaces de hacer frente á los mas grandes peligros y soportar los mas tremendos trabajos.

Como quiera que sea ofrece, una prueba de la verdad de esto, un acontecimiento que ocurrió en las Indias orientales y de que fui testigo.

Enrique Seward era un soldado raso del ejército á que yo pertenecía, y ningun hombre de él sabia mejor su deber ó tenia un mayor valor marcial. Su muger, á quien se le habia permitido llevar de Inglaterra, excitó un interés por su figura que su historia debia aumentar. Era hija de un eclesiástico Episcopal y habia sido educada no solo bien, sino con esmero. Pero era romántica. Enrique Seward estaba reclutando en el pueblo donde residia, y procuraré decir porqué se casó con un soldado raso. Oramos algunas veces sin motivo otras indefiniblemente y á veces por el impulso del momento. En fin se casaron y Maria acompañó á su marido. Su belleza y modestia en la catada le valieron las atenciones de las señoras de los oficiales, quienes en gran manera socorrieron la miseria que como muger de un soldado y la esposa de un soldado raso habria sufrido de otra suerte á bordo de una embarcacion.

Sin embargo, algunos dias despues de esto fué cuando sucedió el acontecimiento á que yo me dirigí. Por este tiempo se nos mandó marchar con un ejército, con el fin de intimidar á

Seindianos y en cumplimiento de algun proyecto particular del gobierno.

No se borrará fácilmente de mi memoria el dia que salimos de Bombay. La separacion del marido y de la muger, de los padres é hijos— el adios de muchos á una bella compañera que habian dejado en los hospitales á causa de las enfermedades del clima; la locuacidad de los naturales, la singularidad de los buques en que teniamos que ir al continente, excitaban sensaciones muy particulares.

Hasta el último momento Maria vió á Enrique Seward vivo. No supe, si tuvo algun mal presentimiento, pero se dejaba ver en sus maneras una afliccion extrema. Yo las atribuí á sus sentimientos como esposa, pero se descubria algo mas que el efecto de ellos. Ella no lloraba, pero miraba tiernamente al objeto de su amor como adorándolo; su semblante pálido como la muerte habia quedado vuelto sin movimiento ácia al trompeta, como suplicándole que dilatase un minuto mas el toque de reunion, y cuando al fin el sonido áspero hirió su oido, fué separada de su marido por solo la fuerza.

El gran defecto de Henrique Seward era un carácter violento que aunque desaparecia prontamente, habia retardado sus ascensos en el ejército. Lo inducia de cuando en cuando á dar respuestas á un oficial que rayaban en insubordinacion y produjeron en fin la melancólica catástrofe que voy á referir.

La conducta de Seward con respecto al capitán de su compañía se habia distinguido particularmente por el estilo desdefioso á que he aludido. Juzgaba injusto que el nombre de un sujeto que sabia su deber tan bien como él mismo, no se encontrase en la lista de los oficiales no comisionados, y se aprovechaba de toda oportunidad, para manifestar su sentimiento.

En la india no se permite á las tropas marchar despues de la salida del sol, para evitar los efectos dañosos de sufrir el calor, si no que en general, las tiendas se recogen mientras que la atmósfera está fresca, y se plantan antes de la luz del dia.

Era de noche, habiamos caminado cerca de una hora y durante este tiempo habia observado á Seward llevando sus armas descuidadamente, á veces sesgadas, horizontales, ó arastrando; á veces riendo y hablando estrepitosamente á sus camaradas, por lo que el capitán lo reprendió secretamente amenazándolo con un arresto pronto.—Seward, sin preveer las consecuencias, declaró con un juramento, que

no queria que ningun hombre le enseñase su deber, y echó á tierra al oficial con la culata de su mosquete. Se le desarmó, se le pusieron esposas en el instante y proseguimos sin otro suceso de importancia hasta la siguiente parada. Henrique Seward fué juzgado por un Tribunal Marcial, y convencido con la evidencia mas clara y sentenciado á ser fusilado delante de las tropas reunidas antes de seguir mas adelante.

Perdonamos en sus últimos momentos á nuestros mas grandes enemigos, pero Seward mismo fué su solo enemigo. Intercedimos en vano por una conmutacion de pena. Habia una quietud en nuestro campo regularmente desconocida, aquí y allí los soldados rasos enumeraban los pequeños servicios que habian recibido del preso. El me enseñó á limpiar mis avios, decia uno. El me salvó mas de una vez de las albardas, decia otro.

Habia esa noche en nuestro campo, pocos que durmiesen, y cuando llegó la hora de despertar, se formaron tan prontamente las filas que fué fácil conjeturar que muy pocos cinturones se habian desabrochado desde que habiamos hecho alto. La escena que contemplábamos con la ayuda de una clara noche de oriente, y la quietud sepulcral de la hora, aumentaba el respeto que sentiamos en esta ocasion. A nuestra izquierda, en la mitad de una arboleda de mangosteros se elevaban las torrecillas pintorescas de una mesquita Mahometana cerca de ella el templo del Hindoo y no oiamos otro sonido que el aullido discorde del adive de los bosques vecinos.

Oh! es un trance terrible impeler precipitadamente y de improviso ácia su Hacedor á un compañero mortal. Es terrible ver á un hombre, por el mandato del hombre, dar fin á la existencia de su hermano.—Pero oi la palabra, fuego! y Henrique Seward ya no existia. Un pequeño terreno, y algunas ramas arrojadas sobre él de gracia por algun camarada compasivo, para impedir su desentierro por las bestias de los bosques completaron sus exequias funerales. La última nota de la marcha funeral sonó cuando era cadáver: un aire nacional se substituyó y lo dejamos.

Tengo muy poco que decir, pero en este poco está contenida tal vez la parte mas interesante de mi cuento. Desgraciadamente fui atacado por una de las enfermedades del clima, y me vi obligado para recobrar mi salud á volver á Bombay. Pasé por la sepultura de Henrique Seward, cerca de ella estaba construida